LA MUJER, LA MORALIDAD Y EL MATRIMONIO EN LAS OBRAS DE CADALSO

La época en que vivía Cadalso atestigua un cambio radical en cuanto a las actitudes hacia la mujer. Es evidente que, al menos, a partir de la publicación del discurso polémico de Feijoo, «Defensa de las mugeres» (1726), se empezaban a poner en tela de juicio supuestos tradicionales. Ya no se relegaba a la mujer a la periferia de la vida simplemente por el hecho de ser mujer, ni se la limitaba a un papel como centro del grupo doméstico, papel dispuesto por cánones legales y socioeconómicos y encerrado por el dogma de la Iglesia. El debate acalorado entre los reaccionarios, misoneístas, misóginos, cínicos y los progresistas se ceñía a dos mociones principales: primero, la capacidad de razonar de la mujer con el tema concomitante de que si debiera recibir una educación formal más allá de «las labores de su sexo», y, segundo, la cuestión de su ser moral, de que si era innatamente mala y, por lo tanto, responsable de los males sociales. Estos temas fueron examinados por Cadalso en sus obras literarias, sus memorias autobiográficas y en su correspondencia.

Parece que no tenía gran confianza en la capacidad intelectual de la mujer. Sin embargo, sus argumentos son característicamente ambivalentes y no es raro que luego desmienta una previa declaración. En el poema «Sobre los varios méritos de las mugeres» ridiculiza a los hombres que sienten atracción por las falsas intelectuales, las «eruditas a la violeta»:

Unos gustan de sabidas
(Que leídas y escribidas
El vulgo suele llamar),
Y que no sepan conversar
Del estado, paz y guerra,
Del ayre, agua, fuego y tierra,
Con la gazeta y café...
... ...

Unos aumentan su llama
Quando es juiciosa la dama,

Circunspecta, seria y grave,
Y que la crítica sabe
Del vos, del tú, y del usté... (1).

Se ve el mismo intento satírico en *Los eruditos a la violeta,* donde, en la tercera lección sobre filosofía antigua y moderna, el profesor dice a sus estudiantes que no descarten la posibilidad de que algunas damas en un concurso les estén atentas, añadiendo:

> ... como no vaya por allí algún papagayo con quien hablar, algún perrito a quien besar, algún mico con quien jugar, o algún petimetre con quien charlar (2).

lo cual da a entender que la atención de la mujer se apartaba fácilmente, aun de la falsa erudición, al presentarse otra diversión más agradable, aunque necia. A falta de esto, el profesor aconsejaba a sus acólitos que cortejaran a las oyentes, ablandando su erudición, dulcificando su estilo y modulando la voz. La falta de concentración o resolución que Cadalso pinta en estas damas se refleja asimismo en un comentario de Almanzor en *Don Sancho García,* aunque en este caso la declaración surge del miedo de que no se realicen sus maquinaciones:

Emprenden fácilmente quanto intentan;
Mas si dificultad experimentan,
Se aparten de la empresa que intentaron
Tan fácilmente como la idearon (3).

Sin embargo, la carta del *Suplemento* de la dama que ha leído *Los eruditos* protesta amargamente contra el prejuicio empedernido que caracterizaba el tema del intelecto y la educación de la mujer y que pretendía mantenerla en un estado de ignorancia:

> Soy muger, y por tanto, en el sistema de las gentes, no me han educado con el conocimiento de las Matemáticas, Teología, Filosofía, Derecho Público y otras facultades serias, porque los hombres no nos han juzgado aptas para estos estudios (4).

La corresponsal anónima no puede entender por qué los hombres concebían la educación como terreno exclusivo de ellos y sostiene que ellos tampoco sabían el motivo. Afirma que los dones intrínsecos

---

(1) «Sobre los varios méritos de las mugeres», *Obras* (Repullés, 1818), III, pp. 98-99. Me refiero a esta edición a través del artículo.
(2) *Obras,* ed. cit., I, pp. 49-50.
(3) *Don Sancho García,* l.i.
(4) *Obras,* I, p. 106.

de su sexo, además de la belleza, a saber, la ternura, la eficacia, la perspicacia y la persuasión, hacen a la mujer más apta que el hombre para estudiar y conseguir los progresos apetecidos (5). Se declara un ser privilegiado entre las mujeres por estar casada con un hombre que no sólo la quiere y la respeta, sino que también la anima a mejorarse e ir más allá de esos conocimientos extraídos del teatro, tradicional libro de texto cultural de su sexo (6). Así describe cómo ha tomado afición a la poesía, aunque por falta de conocimiento de otros idiomas, está limitada a leer poemas escritos en la lengua vernácula o traducidos al castellano. Por esto, pide traducciones de aquellos poemas citados en la obra en lenguas extranjeras. La respuesta a su petición con la ausencia casi total de sátira (quitando la dirigida contra los malos traductores) demuestra el respeto de Cadalso ante un deseo sincero de aprender (7).

Es de notar que en su trato con las mujeres el propio filósofo señala casi siempre dos constantes: la virtud y la inteligencia. En una carta a Meléndez Valdés, escrita desde Montijo en la primera mitad de 1775, se refiere a su relación con la condesa de Benavente (8), con quien mantuvo una larga correspondencia y cierta intimidad. Cadalso hace resaltar la virtud de la aristócrata, la cual le inspira respeto y origina «una tan sólida y verdadera amistad cual yo nunca creí posible entre personas de distintos sexos» (9). Atribuye la terminación de esta intimidad a un cambio de la actitud de la noble (aunque no especifica en qué sentido), debido al influjo de Arriaga (10). De la misma forma califica a la actriz María Ignacia Ibáñez, que fue sin duda el gran amor de su vida (11), como «la muger del mayor

---

(5) Cadalso no rechaza esta declaración. Al contrario, en una carta a Meléndez Valdés, escrita en 1775, se refiere a una correspondencia entre él y «una dama joven y llena de talento», posiblemente la marquesa de Palacios, que le escribía a Montijo, «filosofando mejor que muchos hombres que conozco preciados de filosofar» (José de Cadalso: *Escritos autobiográficos y epistolario*, Londres, 1979, p. 104).

(6) Es de notar que en «El Buen Militar a la Violeta» se recomienda la *Tragi-comedia de Calixto y Melibea* «porque, al mismo tiempo que autoriza su conocimiento en nuestros autores antiguos, contribuirá a preservarle de los engaños y ardides de las muchas viejas zurcidoras, de quienes le será preciso servirse en sus incursiones al país de las delicias» (*Obras*, I, pp. 276-277).

(7) Véase la edición de Nigel Glendinning (Salamanca, 1967), p. 136, nota 2.

(8) Se trata de María Pacheco Téllez-Girón, hija de don Francisco de Borja Alonso Pimentel y Vigil de Quiñones y no de la mujer de éste, María Francisca Téllez-Girón, como sostenemos en la nota 12 de la carta 56 del *Epistolario*.

(9) *Ibíd.*, Carta 56, p. 103.

(10) *Ibíd.*, p. 27. Sin embargo, Cadalso comenta, «pero quedamos regularmente, y conjeturo que siempre que me convenga estrechar, estará ella pronta».

(11) Es curioso que al describir el amor que ella le tenía, Cadalso usa la palabra «extravagancia». Asimismo, parece que le extraña la estimación que le tenía la condesa de Benavente, porque dice: «... entre (sus) admirables prendas se ha hallado una sola extravagancia, que ha sido estimar mis cartas y conversación» (*Escritos autobiográficos*, op. cit., p. 103). ¿Era esta postura de modestia o de cinismo?

talento (12) que yo he conocido» (13). La egregia matrona de la *Carta a Augusta,* probablemente la marquesa de Escalona (14), era una mujer inclinada a la filosofía y también virtuosa, aunque el poeta la exhorta a vivir con él en «el campo ameno» y llevar una vida más pura aún. Mantuvo correspondencia con ella desde el exilio (15), pero al volver a Madrid parece que ella también había mudado de parecer, ya que Cadalso comenta que «no había cosa que dominase mi espíritu, ni complaciese mucho mi carne» (16). Es entonces cuando se le revela a Cadalso que no era persona de gran virtud: se muestra escéptico acerca de su cariño hacia Cornel y luego se refiere a sus «mil coqueterías mal ejecutadas» (17).

El concepto de la virtud es fundamental en su sistema filosófico: es el criterio por el cual evalúa a la sociedad, los hombres y los sucesos. Examina, en las *Cartas marruecas,* las consecuencias morales del acontecer político y concluye tristemente que sólo queda el esqueleto de lo que era una vez un gigante. Analizando los motivos de esta atrofia, achaca la culpa a un concepto erróneo, por parte de sus compatriotas, de su propia seguridad y bienestar, concepto fundado en sus grandiosas hazañas del pasado. Sostiene que el barniz de ilustración conseguido por España no ha adelantado la causa de los progresos. Al contrario, cree que ésta así llamada ilustración sólo ha servido para confundir el orden de la sociedad, arrojando a ésta en un estado de libertinaje, proceso exacerbado por una adopción servil de costumbres extranjeras. Como no se detenga este proceso y cambie radicalmente el Zeitgeist, el filósofo vaticina una «pronta y horrorosa destrucción» (Carta IV). El autor de la crítica de España vitupera la modernidad tan aplaudida y exige que la nación vuelva a vivir según

---

(12) Esta palabra significaba una amplia gama de dones. El primer diccionario de la Real Academia Española (1739) ofreció dos definiciones: «en sentido tropológico se toma por el caudal de dones naturales, o sobrenaturales, con que Dios enriquece a los hombres... Metaphoricamente se toma por los dotes de naturaleza: como ingenio, capacidad, prudencia, &c. que resplandecen en alguna persona y por antonomasia se toma por el entendimiento.»

(13) *Escritos autobiográficos,* op. cit., p. 20.

(14) Parece poco probable que se trate de la condesa de Benavente (madre o hija), como sostenemos en el *Epistolario* (Carta 24, nota 1). Cadalso alude a su correspondencia con la marquesa durante su destierro en las *Memorias* y también en la carta que escribió a Meléndez Valdés desde Montijo en abril o mayo de 1775. El poema lleva fecha de 1769, o sea, un año antes de la terminación de sus relaciones. Además, el tono de la carta y las referencias a «dueño mío» y las «coqueterías» de la señora, indican más que alguna intimidad. Recuérdese que hacía hincapié en la virtud de la Benavente y el respeto que la tenía.

(15) Véase la carta a Meléndez Valdés, escrita en abril o mayo de 1775, donde habla de la correspondencia que tenía con varias personas durante su destierro en Aragón entre 1768 y 1770 (*Escritos autobiográficos,* op. cit., p. 103). Lo apunta también en las *Memorias* (ibíd., p. 16).

(16) *Ibid.,* p. 12.

(17) *Ibid.,* p. 17.

las antiguas normas de la moralidad, aunque con las modificaciones apropiadas de la edad. Comenta:

> Los sig'os son como los hombres, pues pasan fácilmente de un extremo a otro: pocas veces se fijan en el virtuoso medio (18).

Para él la virtud ocupa el primer puesto en la escala de valores:

> La excelencia de un siglo sobre otro creo debe regularse por las ventajas morales o civiles que producen a los hombres.
>
> (Carta IV.)

Analiza los cambios del trato social y la moralidad reinante de los dos sexos respectivos a través de las cartas y las conversaciones de Nuño Núñez, Gazel y Ben-Beley. Criados en una cultura en la cual se asociaba tradicionalmente a la mujer con la imagen de la obediencia sumisa, el retiro y la piedad, los tres lloran la decadencia ubicua (19) de la moralidad y las costumbres predominantes, lo que describe el editor de las *Obras* como «muestras desarregladas o perniciosas costumbres» (20). Gazel, que promete a su mentor que notará todo lo que le sorprenda (21), se escandaliza muchas veces por la disipación que se estila y que caracteriza la conducta entre los sexos. Muchas cartas reivindican la adustez tradicional con que los musulmanes trataban a las mujeres (22). El moro comenta que el vestigio de respeto que queda en la península se debe a la herencia de la ocupación árabe y no, como afirmaban muchos, a la influencia del clima (23). Aunque confiesa que es posible que sus correligionarios hayan pecado de rigurosos, defiende el sistema de guardar a la mujer

---

(18) «Noticias pertenecientes a esta obra», *Obras*, I, p. 214. Véase también las cartas IV y XI; en ésta dice: «Esta libertad en el trato que tanto te hechiza es como la rosa que tiene las espinas muy cerca del capullo. Sin aprobar la demasiada rigidez del siglo XVI, no puedo conceder tantas ventajas a la libertad moderna.»

(19) Cadalso se mostraba conforme con el concepto de «menosprecio de Corte y alabanza de aldea». En la Carta XXIX, nota que las costumbres de las provincias son más puras que las de la ciudad. La misma filosofía constituye el tema central de la *Carta a Augusta*.

(20) *Prólogo, Obras*, I, p. II.

(21) *Cartas marruecas*, Carta I.

(22) En sus *Lettres Persanes* (XXXVIII), Montesquieu discute la noción que las mujeres estaban sujetas a los hombres por derecho natural.

(23) Esta teoría aparece varias veces en las *Cartas marruecas* (véanse las cartas III, XXVI y LXXVI). El jesuita Paz notó que en los países calientes los habitantes estaban «inclinados a la lascivia» *(La virtud en el estrado* —Madrid 1781—, p. 98). M. Thomas, de la Academia francesa, observó lo mismo, explicando así el rigor correlativo de la ley: «En aquellos países templados, donde los ardores más remisos dexan á los deseos mayor confianza en las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislación las ha colocado, en quasi todas las cosas, baxo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas tanto de las diversiones como de los negocios: después quisieron los hombres insultar á su razon mediante una larga tutela.» *(Historia, ó Pintura del Caracter, Costumbres, y Talento de las Mugeres en los Diferentes Siglos.* Traducido por Alonso Ruiz de Piña, Madrid, 1773, pp. 5-6.)

«bajo muchas llaves» como señal de respeto por su persona y preocupación por su virtud (24). Los dos, el moro y el cristiano, están de acuerdo en que este *modus vivendi* es preferible a la disolución europea (Cartas X y XI) (25).

En la Carta X, Gazel describe una reunión en una casa donde los invitados de ambos sexos tuvieron que aguantar una arenga, dramáticamente representada y a menudo inteligible, de un joven que manifestaba un sumo desprecio hacia las mujeres. Una vez libre de su presencia, el moro preguntó a una mujer que estaba a su lado que quién era el hombre, y ella le describió como uno de una casta nueva de bárbaros, que acababan de invadir España y que rápidamente habían establecido una hegemonía nociva. Antes de esta incursión, le explicó la mujer, la situación había sido distinta:

> ... las mugeres, un poco más sujetas en el trato, estaban en más alto grado de estimación: viejos, mozos y niños nos miraban con respeto; ahora nos tratan con despego. Eramos entonces como los dioses Penates que los gentiles guardaban encerrados dentro de sus casas; pero con suma veneración: ahora somos como el dios Término, que no se guardaba con puertas ni cerraduras; pero quedaba en el campo expuesto a las irreverencias de los hombres, y aun de los brutos (26).

Esta actitud se manifiesta en la forma de hablar de un joven militar que preguntó a Gazel que cuántas mujeres tenía éste en su serrallo. El soldado luego pasó a enumerar las victorias de su «valor» y se jactó del éxito de su táctica y su estrategia hacia las mujeres. El moro observa que en su propio país la poligamia está no sólo autorizada por el gobierno, sino mandada por el dogma del Corán, mientras que en Europa, donde está expresamente prohibida por la Iglesia, está sancionada por la costumbre, añadiendo que ninguna serie entera de emperadores turcos o persas, conocidos por sus grandes serrallos,

---

(24) Véase también la carta II de las *Lettres Persanes*, de Montesquieu. Ponz consideró que los celos, y no el respeto, ocasionaban esta severidad. Véase su *Viage de España* (Madrid, 1776), I, p. 18. Don Eugenio, personaje de *La señorita malcriada*, de Iriarte, condenó el rigor con que los musulmanes trataban a las mujeres:

> *... no consideran*
> *a las mujeres nacidas*
> *sino para esclavas necias*
> *del hombre, y las privan casi*
> *del uso de las potencias.* (II.v).

(25) Montesquieu discutió el mismo tema en las cartas XIX y XXVI de sus *Lettres Persanes*.

(26) *El Pensador Matritense* enfocó el problema de la misma forma: «... es preciso agradar a los hombres, y ellos son tales, y tantas su corrupción, que miran la modestia, la virtud, la decencia, la discreción, y el pudor como trastos inútiles, y enfadosos, y tan antiguos, como el Cid. Las Señoras, que poseen estas prendas, no son de moda.» (*Op. cit.*, Madrid, 1762-67, II, p. 90.)

podría competir con el récord del joven Cortés del género femenino. El libertino, con clara satisfacción, contó que hasta entonces había evitado toda responsabilidad hacia sus conquistas, que comprendían:

> Las que me tomo por asalto, las que desean capitular, y las que se me entregan sin aguantar sitio (27).
>
> (Carta X.)

Cadalso representa la misma forma de trato en la sátira siguiente:

> *Otros, al contrario, quieren*
> *Que las niñas que nacieron,*
> *Nazcan vivas y joviales,*
> *Y se crien marciales,*
> *Que, de dos ó tres vayvenes,*
> *Entreguen sin más desdenes*
> *Las llaves del corazón...* (28).

Un síntoma de lo grave que era la decadencia moral que tanto le preocupa a Cadalso se refleja en la actitud de la gente que vivía en ese ambiente. En una carta a una amiga que vive en Burgos, la hermana de Nuño comenta: «Mi primo ha dexado a la joven persona que él *entretenia*» (Carta XXXV; el subrayado es mío). Ella parece aceptar este concepto del trato entre los dos sexos; no le extraña en absoluto el hecho de que un hombre tenga a una mantenida, a la cual hace perder el tiempo. Para resumir, estas descripciones distan mucho del ideal, ejemplificado por los amores y galanteo del abuelo de Nuño con su abuela, trato que redundaba en la virtud de la dama, el valor del galán y el honor de los dos (Carta XI).

Hay que reconocer que Cadalso dirigía su crítica no sólo a la sociedad en general, sino a ciertas personas en particular, es decir, a sus conocidos y amigos. En una carta a Iriarte, escrita a finales de 1773 o a principios de 1774, pinta a Meléndez Valdés como «mozo algo inclinado a los placeres mundanales, a las hembras, al vino y al campo, y sobre todo afecto con demasía a estas cosas modernas» (29). De la misma forma, caracteriza a Francisco Salinas de Moñino, sobrino de Floridablanca, a quien conoció en el bloqueo de Gibraltar, como «desordenado en mujeres y juego» (30). Según cuenta en sus *Memorias,*

---

(27) Feijoo hizo unos comentarios perspicaces sobre este tipo de persona en su discurso «Remedios del Amor»: «... los que frequentemente inculcan semejantes invectivas contra las mugeres, son los que apenas aciertan a apartarse jamas de ellas, unos jovenes charlatanes, y bufones, sin juicio, sin entendimiento, sin modestia, que en todos tiempos, y lugares, con los ojos, con las voces, con los ademanes, están publicando su desordenada inclinación al otro sexo.» (*Teatro Crítico Universal,* Madrid, 1736, VII, p. 393.)

(28) «Sobre los varios méritos de las mugeres», *Obras,* III, p. 99.

(29) *Escritos autobiográficos,* op. cit., p. 76.

(30) *Ibíd.,* p. 32.

Cadalso le tenía gran amor y se sentía proyectado en él, al reconocer en Salinas de Moñino fallos que él mismo había tenido en su juventud (31). Perdonaba los excesos exuberantes de la juventud (32), siempre que hubiera otras características para compensar, tales como el don literario de Meléndez o la franqueza, la honradez y las demás buenas prendas de Salinas, a las que alude.

El filósofo concluye que los motivos de la disposición endémica proceden de la asimilación de las costumbres de otros países:

> La mezcla de las naciones en Europa ha hecho admitir generalmente los vicios de cada una, y desterrar las virtudes respectivas.
>
> (Carta IV.)

Censura, sobre todo, el libertinaje de Francia, opinión compartida por muchos, pero negada por otros (33). La corresponsal desconocida, que se deleita en el nuevo espíritu llevado por el aire desde el otro lado de los Pirineos, proporciona un ejemplo elocuente de lo que vitupera el autor. Ella se describe a sí misma como devota del «pasatiempo» francés de la coquetería, es decir, el engaño (Carta LXXVI) (34). No obstante, se queja de haber topado con algunos obstáculos, debido, principalmente, a las diferencias esenciales de las dos naciones. Dice que mientras un francés, al darse cuenta de que la mujer a quien cortejaba era una coqueta, la dejaba sin problemas, un español reaccionaba de una forma totalmente distinta:

> Los españoles son más formales en esto de enamorarse; y como ya todo antiguo aparato de galanteo, obstáculos que vencer, dificultades que prevenir, criados que cohechar: como todo esto, digo, se ha desvanecido, empiezan a padecer desde el instante que se enamoran de una coqueta; y suele parar la cosa en que el amante, luego que conoce la burla que le han hecho, se muere, se vuelve loco, y a buen librar, piensa en ausentarse desesperado.

La ninfita se jacta de los muchos neófitos del amor que han sido sacrificados en los altares de su templo de una forma que recuerda

---

(31) Confiesa en las *Memorias* que después de la campaña de Portugal ocupa su tiempo en «Mesa, juego», amores y alguna lectura» *(Escritos autobiográficos,* p. 10) y Jovellanos confirmó su éxito con las mujeres en su poema «A Mireo, Historia de Jovino».

(32) Los dos (Meléndez Valdés y Salinas de Moñino) tenían veinte años cuando Cadalso les conoció por primera vez.

(33) El autor anónimo del *Estrado Crítico en defensa de las Mugeres* (Madrid, 1727) compartía la opinión de Cadalso. Pero Luzan declaró en sus *Memorias literarias de París* (Madrid, 1751) que las mujeres francesas eran, en su mayor parte, modestas y virtuosas. Bourgoing, el viajero francés, reivindicó a sus compatriotas, comentando «nos femmes à leur tour sont des prudes en comparaison des Espagnoles» *(Nouveau Voyage en Espagne,* París, 1789, II, p. 302).

(34) El mismo tema surge en la obra del aristócrata el marqués de Villa de San Andrés, en la del jesuita padre Isla y en la del periodista Nifo. Recuérdese que Cadalso comentó las coqueterías de la marquesa de Escalona y satirizó su poca sinceridad en asuntos del amor.

al joven militar arriba citado. Amenaza a Gazel que, si algún día llegan a suprimirse los serrallos, ella, junto con algunas amigas que piensan del mismo modo, enseñará a las mujeres de Marruecos a vengarse de lo que llama la tiranía de los musulmanes.

Cadalso no era de aquellos tradicionalistas que se oponían a la libertad de la mujer *per se*. Lo que le molestaba era que el proceso de la modernización tuviera como consecuencia el menoscabo del honor en ambos sexos. Pinta lo frágil que era el honor de la mujer en la siguiente letrilla:

Que á la muger, qual cristal,
La quiebre un soplo fatal,
Ya lo veo:
Pero que pueda soldarse
Si una vez llega á quebrarse,
No lo creo (35).

Mucho más cínico era el folleto difamatorio, que generalmente le atribuye, el *Kalendario Manual* y *Guía de Forasteros en Chipre para el Carnaval del año de 1768, y otros...* (36), cuya publicación ocasionó su destierro de Madrid la última noche de octubre de 1768. En esta sátira, en la cual, según las propias palabras de Cadalso, «se hacía una descripción demasiado pública de los amores que con el nombre de cortejos eran ya conocidos en Madrid» (37), desenmascara la hipocresía y las vidas nada honradas de muchos nobles. Comenta que «este año es de 68 de la libertad» (38) y, parodiando el estilo del calendario oficial, registra, mes por mes, los vicios más descarados, que llegan al cenit con la canícula:

Canícula.

... durante esta temporada se pondrán en el Puerto de Guadarrama Cafees, Botillerias, theatro, y otras dibersiones: buenas cosas en los Jardins. del Retiro.

Agosto.

Idem per ídem.

Sol en Virgo.

Esto se entiende en otros climas, que en el de Chipre, no sólo no hay sol en Virgo, pro. ni virgo en el Sol, ni menos en la canícula (39).

---

(35) «Letrilla satírica», *Obras*, III, p. 75.

(36) Glendinning examina la verosimilitud de la autoría de Cadalso en el prólogo de su edición del libelo (Madrid, CSIC, 1982).

(37) *Escritos autobiográficos*, op. cit., p. 13. En el poema «A las ninfas de Manzanares» pide perdón a las señoras aristócratas, aunque con un tono burlón, por haberlas ofendido o más bien desacreditado.

(38) *Op. cit.*, Bib. Nac., MSS, 18.309, p. 466.

(39) *Ibid.*, p. 472.

Al final de la guía va una lista del arsenal desplegado por los cortejos, la parte de importación francesa señalada con el emblema de la *fleur de lis*. Esta incluye el escándalo, la falsedad, la intriga (El Murmurador) y también una preocupación desmesurada por la moda.

Esta devoción excesiva al culto de la moda no es nada más que otro indicio del malestar que aqueja al Juvenal español. En el *Suplemento* a *Los eruditos*, el padre de un «viajante a la violeta» niega la observación hecha por Montesquieu en sus *Lettres Persanes* que las mujeres españolas andaban con los pies tapados y los pechos descubiertos (40). Sin embargo, su misma defensa de las españolas sólo sirve de recriminar aún más la dedicación servil de éstas a la moda:

> ... es [esta crítica] otra especie nueva para todo el que haya visto quadros de nuestras abuelas, a quienes apenas se las veían las caras; y supongo que de aquellos tiempos habla el tal caballero, porque en los nuestros se visten en Madrid, como en París: testigos tantos millones como salen anualmente de España en la compra de cintas, blondas, encages, etc. (41).

Está claro que esta epidemia de la imitación tenía repercusiones serias en la economía española; además, los esfuerzos por refrenarla fracasaban en su mayor parte (42). Pero Cadalso no era economista, sino filósofo, por lo cual le interesaban más bien los enervadores efectos morales del fenómeno del lujo. Lo define como «la abundancia y variedad de las cosas superfluas a la vida» (Carta XLI) y considera que, junto con el ocio, emana de la relajación de la moralidad (Carta IV). Por otra parte, comenta:

> ... todo luxo es dañoso (43), porque multiplica las necesidades de la vida, emplea el entendimiento humano en cosas frívolas; y dorando los vicios, hace despreciable la virtud, que es la única que produce los verdaderos bienes y gustos.
>
> (Carta XLI.)

La viñeta de la tertulia donde tres señoras mantienen que ha llegado el juicio final ejemplifica su aseveración. Los lamentos, los gemidos

---

(40) Sin embargo, Feijoo observó lo mismo. En su «Declamacion contra las modas escandalosas de las mugeres. En carta de Theophilo à Paulina», censura «essa desnudèz de pechos» de las señoras nobles (*T. C. U.*, Madrid, 1726-40, II, p. 151.)

(41) *Obras*, I, p. 206.

(42) Se promulgaron varias prágmáticas sanciones en el siglo XVIII que prohibían o intentaban refrenar la entrada de manufacturas extranjeras en España. Comentando la de 1726, que confirmó la de 1723 (y precedió la de 1729), Uztariz escribió: «tengo entendido que en esta parte no se observa la Pragmática dentro, ni fuera de la Corte» (*Theorica, y practica de comercio, y de marina*, Madrid, 1747, p. 157).

(43) Véase también el *Correo de Madrid*, 28 de noviembre de 1787, y *El Censor*, discursos clxvi, cxxxiii y cxxxiv.

y las maldiciones cósmicas de éstas son tales que Gazel deduce que o la peste ha acabado con todos los ganados de España o que la guerra ha estallado. Al final de la conversación de ellas, se entera de que su aflicción irrefrenable se debe a la búsqueda infructuosa de una cinta de cierto color (Carta LVI). Ben-Beley resume esta inversión de valores:

> La invención de un sorbete, de un peynado, de un vestido y de un bayle, se tiene por prueba matemática de los progresos del entendimiento humano (44).
>
> (Carta LXXXVIII.)

Esta quiebra de los valores tradicionales se ponía de manifiesto también en la lengua. Cadalso sostenía que los cambios lingüísticos reflejaban las mudanzas de las costumbres: él medía el grado de la influencia francesa por los neologismos y los préstamos morfológicos y sintácticos que contaminan al castellano, y de ellos hace una parodia en la carta de la hermana de Nuño, carta que provoca no poca vergüenza en éste:

> Hoy no ha sido día en mi apartamento hasta medio día y medio. Tomé dos tazas de thé: púseme un deshabillé y bonete de noche: hice un tour en mi jardín: leí cerca de ocho versos del segundo acto de la Zayra. Vino Mr. Labanda: empecé mi toaleta: no estuvo el Abate... El Maitre d'hotel avisó. Mi nuevo Xefe de cocina és divino: él viene de arribar de París... (45).
>
> (Carta XXXV.)

Antes, Nuño había hablado del diccionario que había compuesto: consistía de palabras que habían perdido su sentido original y tomado una acepción distinta, consecuencia de un abuso semántico o de su sentido abusivo en el trato civil. Todos los ejemplos que cita se re-

---

(44) Esto dista mucho de la vida que ofrece a la señora desconocida de la «Carta a Augusta», donde todos los deleites emanan de la Naturaleza:

Ni polvos, ni pomada,
Cintas compuestas, aguas ni alfileres
Te ofrece mi morada,
Ni espejo, consejero de mugeres:
Podrás en un arroyo divertirte,
Lavarte, poner flores y vestirte.
Los muchos ornamentos,
Que el luxo cada dia multiplica,
Son fuertes argumentos
De lo que el artificio fructifica;
Mas solo pueden engañar al necio,
Como ellos, acreedor á tu desprecio.

(*Obras*, III, p. 159.)

(45) Véase también *El Censor*, discurso XIV, «Sátira contra los galicismos en nuestro lenguaje».

fieren a valores morales o sentimentales, tales como «servir», «favorecer», «estimar» y «amar» (Carta VIII) (46).

Hay más que un dejo de cinismo en el concepto de «amar» del propio Cadalso, por lo menos cuando cuenta sus sucesivos amores con la hija de Codallos y la marquesa de Escalona. Parece que estimaba la amistad en mucho más que el amor (47), posiblemente porque aquélla era para él un vínculo entre dos personas del mismo sexo —quitando su amistad con la condesa de Benavente— y, por eso, libre de problemas de índole sexual (48). Se nota esta distinción en el relato de la terminación de sus relaciones con María Cayetana Fernández de Miranda: «Desembarazado totalmente del amor, me dediqué únicamente a cultivar la amistad de Oquendo, en quien hallé cada día más fineza» (49). Asimismo cuenta que hacía más por mantener la amistad con Salinas de Moñino que hubiera hecho por conseguir los favores de la dama más hermosa de Europa (50). Considera el amor «efectos de la pasión» (51), es decir, de un temple que no cuadraba de ninguna forma con su sistema filosófico del hombre racional. Ahí está posiblemente la explicación del comentario del filósofo que afirma, al recordar su primera experiencia de amor, «hubo de ser funesta» (52). Hay una falta de constancia desconcertante en sus declaraciones sobre el amor. En el poema «Sobre el poder del oro en el mundo», sostiene que se compran los corazones, opinión que repite en otra parte (53). Sin embargo, relata que María Ignacia Ibáñez se

(46) Véase también el *Correo de los Ciegos de Madrid,* 24 de octubre de 1786, «Rasgo irónico. Idea de un escrito en forma de diccionario, propuesto por un Abate del Japón». Es de notar que el mismo Cadalso, que pretendía ser casticista en cuanto al uso del idioma, admitió una amplia gama de sentimientos bajo la palabra «enamorar». Cuenta que su padre «se enamoró» de Inglaterra *(Escritos autobiográficos,* op. cit., p. 6), que el conde de Aranda se enamoró de un caballo suyo *(ibid.,* p. 13), que la marquesa de Escalona estaba enamorada mentalmente de él y corporalmente de Cornel *(ibid.,* p. 17) y que María Ignacia Ibáñez también se enamoró de él. Está claro que en cada uno de estos casos quería decir algo distinto.

(47) Expresa la importancia que concedía a la amistad en la «Egloga entre Dalmiro y Ortelio» y en una carta a Iglesias, escrita en 1775, dice que el que busque la verdadera amistad la encontrará a pesar de las muchas dificultades que esto entraña. Véase la Carta 54 del *Epistolario.*

(48) En la carta XXXIII de las *Cartas marruecas* dice que la amistad sólo se halla entre las personas que se miran sin competencia.

(49) *Escritos autobiográficos,* p. 17.

(50) *Ibid.,* p. 32.

(51) El primer diccionario de la Real Academia Española define la pasión como «el acto de padecer tormentos, penas de muerte y otras cosas sensibles; ... qualquier perturbación ò afecto desordenado del animo; ... excesiva inclinación ò preferencia de una persona à otra, por interes ò motivo particular».

(52) *Escritos autobiográficos,* p. 7.

(53) En los versos para varias estampas que representan los principales amores de la fábula, Jove introduciéndose en la torre de Dánae convertido en lluvia de oro:

Una vez Jove intentó
Una conquista imposible:
El oro la hizo factible:
Mil Joves conozco yo.

(Obras, III, p. 99.)

enamoró de él cuando se hallaba «desnudo, pobre y desgraciado» (54). Volviendo a su postura cínica, manda los siguientes consejos a Iglesias en la primera mitad de 1777, comparando al enamorado con un hombre enfermo:

> A un hombre que está enamorado y que lo confiesa lisa y llanamente, es inútil y aun ridículo el ponerse otro que se halla libre a disuadirle de su amor. Este empeño equivaldría al del médico que, hallando a su enfermo con el delirio de una calentura, quisiese hacerle entender y hablar con razón sobre asuntos diferentes de frenesí. En esta creencia, no quiero yo decir a Vmd mil pedanterías contra el amor, de que Vmd me dice se halla poseído; sólo si le compadeceré hasta que sacuda el yugo, lo que deseo sea cuanto antes (55).

Esta ambivalencia caracteriza asimismo sus composiciones literarias. Sus ideas sobre el amor como tema poético se encuentran en *Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse á la Poesía* y la *Epístola dedicada á Ortelio,* escrita a finales de 1768 ó principios de 1769 (56). Además de considerar el amor asunto más agradable que el de la guerra, confiesa en la *Epístola* y también en el *Prólogo* haberlo utilizado como alivio de sus penas; es decir, el amor es su inspiración y también su consuelo. Sin embargo, las poesías aclaran poco su actitud hacia el amor, porque en la mayor parte siguen una tradición, sea pastoril, estoica o quevedesca. Así, celebra la belleza de su Filis en la anacreóntica «De los amores de varios poetas» y otros poemas, aunque aprendemos más sobre su atracción física hacia la mujer en el breve comentario que va al final de una carta a Iriarte:

> Se encarga un Padrenuestro y un Ave María por el peligro en que está el alma del predicador por la vecindad de una mozuela que vive frente por frente, y tiene dos ojos como dos tizones sacados del infierno para abrasar el siervo de Dios (57).

---

(54) *Escritos autobiográficos,* p. 20. De la misma forma, cuenta que al caer enfermo después de la muerte de la actriz, las únicas personas que se preocupaban por él eran la madre y mujer de un infeliz oficial de cerrajero *(ibid.).* Su censura de las mujeres suele limitarse a las de las clases media y alta.

(55) *Epistolario,* carta 70, p. 122.

(56) Da mucho énfasis a la modestia con que trata las materias amorosas y censura la libertad literaria *(Prólogo* a los *Ocios de mi Juventud, Obras,* III, pp. 4-5). Repite esto en «Refiere el autor»:

> *No leas con temor. Ni voz, ni idea*
> *Verás en mí que indecorosa sea:*
> *Ni ofenderé al pudor más recatado.*
> *Podrá decir mis versos sin cuidado*
> *El labio virginal, sin que ofendidos*
> *Dexe mi blando númen sus oídos.*
>
> *(Obras,* III, p. 16.)

(57) *Epistolario,* carta 36, pp. 74-75.

Canta la suprema felicidad del amante, luego llora la inconstancia de Filis y la mudanza de la Naturaleza y hace resaltar la constancia de Dalmiro, la cual dice qe perdurará más allá de la muerte (58).

El tono pesimista de muchas de las poesías líricas y el cinismo del propio Cadalso se reflejan en sus argumentos sobre el matrimonio, que pinta no solamente como falto de amor, sino también de virtud. Los hombres, según él, ni pensaban en estos temas al elegir a una mujer, por eso sería absurdo aconsejar a uno que se casase con «una mujer honrada, rolliza y trabajadora». Las mujeres tampoco consideraban la virtud ni el deber como importantes ingredientes del matrimonio:

> Poco mejor le iría al que llegase a una mujer, y la dixese: ¿tienes ya quince años? (59). Pues ya no debes pensar en ser niña; tocador, gabinete, coche, mesas, cortejos, teatros, nuditos, máscaras (60), encaxes, cintas, parches, aguas de olor, batas, y deshabillés al fuego desde ahora. ¿Quién se ha de casar contigo, si te empleas en esos pasatiempos?, ¿qué marido ha de tener la que no cría sus hijos a sus pechos? (61), ¿la que no sabe hacerle las camisas, cuidarle en una enfermedad, gobernar su casa, y seguirle si es menester a la guerra?
>
> (Carta LXXXVIII.)

En una carta de Gazel a Ben-Beley, aquél describe una tertulia donde conoció a la señora de la casa, comentando «los amos no ha-

---

(58) Véase, por ejemplo, «Sobre los peligros de una nueva pasión» y los «Sáficos-Adónicos a Cupido».

(59) La protagonista de unas letrillas pueriles era más joven aún:

Catorce años tengo...
Y chicas y chicos
Me suelen decir:
¿Por qué no te casan,
Mariquilla? Di.

(*Obras*, III, pp. 67-68.)

(60) Cadalso también asistió a los bailes de máscaras (véase los *Escritos autobiográficos*, p. 16), por tanto, sabía lo que pasaba dentro. Describe el calor (sentido literal y sentido metafórico) de estas fiestas en el mes de diciembre en el *Kalendario Manual*, contrastándolo con el frío que pasaban los cocheros que esperaban fuera.

(61) Tediato se queja de lo mismo; además, sostiene que las madres ya no se preocupaban de sus hijos: «Nos engendran también por su gusto: tal vez por su incontinencia: nos niegan el alimento *(sic)* de la leche que la naturaleza las dio para este único y sagrado fin: nos vician con su mal exemplo: nos sacrifican á sus intereses: nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro ó en un páxaro» (*Noches Lúgubres, Obras*, III, p. 324). La madre que ejemplifica esta negación total de sus responsabilidades y, en efecto, de su maternidad, es doña Ava, que está dispuesta a sacrificar a su hijo, Sancho García, por su pasión. Es curioso que aunque Cadalso reconocía las obligaciones de una madre hacia sus hijos, no incluía en éstas la primera educación. Aprobó al padre que se preocupaba de ésta (*Cartas marruecas*, carta LXIX). En la «Carta de un viajante á la violeta á su catedrático», el padre reconoce las características positivas de su hijo, «aunque en medio de un confuso tropel de ligerezas propias de tu edad y de la crianza libre que te dió tu madre en los años que mis comisiones me tuviéron léjos de esta casa» (*Obras*, I, p. 200). Glendinning cree que aquí Cadalso alude a su propia vida (*op. cit.*, Madrid, 1967, p. 154, nota 9).

cen papel en ella». Una vez presentado, la gente le trataba como familiar: los hombres le visitaban en su posada y las mujeres le invitaban a su casa y hablaban con él públicamente. Observa:

> Me hablaron en los paseos, y me recibieron sin susto quando fuí a cumplir con la obligación de visitarlas. Los maridos viven naturalmente en barrio distinto de el de las mugeres, porque en las casas de éstas no hallé más hombres que los criados (62), y otros como yo, que iban a visita.
>
> (Carta XI.)

Nota la falta de fidelidad en una de sus primeras cartas a Ben-Beley, en la cual alude a la ruptura de los vínculos matrimoniales (Carta IV). También relata cómo un apologista de la modernidad veía el hecho de que los maridos y los amantes ya no se desafiaban como símbolo de los progresos que hacía la nación. En *Los eruditos* hay un comentario sobre la anarquía moral de las mujeres y otro ejemplo de la inversión de los valores cuando el Profesor incluye a Aspasia, querida de Pericles, en la lista de mujeres cultas. Más claro todavía es el «dilema», referencia a las mujeres que ponían los cuernos a sus maridos (63), observación repetida en el *Kalendario Manual* con la descripción de las fiestas de San Marcos, referencia antonomástica a los cornudos (64). De ahí pasamos al epitafio satírico de la mujer fiel, que hace resaltar lo rara de esta condición y lamenta a la vez que no fuera contagiosa:

Sólo murió de constante
La que está baxo esta losa:
Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa (65).

Cadalso no es partidario de la falta de fidelidad; no obstante, observa, a título de explicación, las graves consecuencias de la tiránica intervención paterna en el matrimonio:

Que Celia tome el marido
Por sus padres escogido,
Ya lo veo.

---

(62) Estos ya no eran un problema para las señoras que querían engañar a sus maridos, por lo menos, según la coqueta de la carta LXXVI. Parece que ellos estaban tan acostumbrados al «torbellino de visitas diarias» (Carta XI) como los hombres que iban de visita. La *Pensadora Gaditana* comentó «A la palabra *visitas* hay quien quiera dar más significados que los vanos cumplimientos del ceremonial; pero en realidad no tiene otra significación y es menester que Vm. lo haga entender así» *(op. cit.,* Cádiz, 1763-64, I.vii).

(63) Véase la edición de Madrid, 1967, p. 79, nota 5.

(64) Véase la edición citada de Glendinning (Madrid, 1982), p. 14, nota 12.

(65) *Obras,* III, p. 90.

Pero que en el mismo instante
Ella no escoja el amante,
No lo creo (66).

En la Carta XXIII satiriza a los padres que quieren casar a sus hijos por motivos sociales o económicos. La codicia de los padres también es el tema de «Lamentándose una pastora». En las *Memorias* cuenta su propia experiencia:

> Con la de Codallos pudo haber sido la cosa muy seria, porque siendo ella soltera y yo también, y mezclándose en eso tres sujetos muy intrigantes, estuve muy cerca de casarme con ella, y aún lo hubiera hecho, a no considerar que me quedaban ya muy cortas reliquias de mi patrimonio, y tener el corazón demasiado humano para ponerme a hacer chiquillos, que con el tiempo pedirían limosna. Lo que hicieron por casarme y lo que hice para que no me casaran merece una historia aparte (67).

Bastante menos suerte tenía la mujer de veinticuatro años que contó su vida en una carta que escribió a Gazel. Dijo que acababa de enterrar a su sexto marido, último de una serie de hombres inadecuados, todos elegidos por su padre (68), que variaban desde un astrólogo supersticioso —que murió de un catarro que cogió mientras esperaba un cometa que apareció más tarde de lo que había calculado— a un jugador desventurado, que se citó con la muerte cuando un amigo suyo le tiró un candelabro a la cabeza al verle colocar mal una carta. La mujer no está triste, sino se siente agraviada:

> Todo esto se hubiera remediado, si yo me hubiera casado una vez a mi gusto, en lugar de sujetarle seis veces al de un padre, que cree que la voluntad de una hija es cosa que no debe entrar en cuenta para el casamiento.
>
> (Carta LXXXV.)

Aunque escéptica de las costumbres de Marruecos, observa que apenas distingue entre ser esclava de un marido o de un padre, que no se preocupaba por la felicidad de su hija en absoluto, sino únicamente por un buen partido.

---

(66) *Obras*, III, p. 72.

(67) *Escritos autobiográficos*, pp. 12-13. No se sabe quiénes eran estos sujetos; parece razonable sostener que Aranda era uno de ellos, como amigo de Codallos, con quien compartía el odio a los jesuitas.

(68) Una ley de Recopilación (ley i, título I, libro 5) que se derivaba del Fuero Juzgo (título II, libro 3) permitió a los padres cuyos hijos contrajeron matrimonio sin su consentimiento a desheredarlos. Esta ley fue confirmada por varias pragmáticas y cédulas (23 de marzo de 1776, 17 de junio, 31 de agosto y 28 de octubre de 1784, 1 de febrero de 1785). Esta última, sobre todo, prohibió a los padres que obligaran a sus hijos a que se casaran o que negaran dar su consentimiento o impidieran un matrimonio sin tener justa causa.

Sin embargo, a pesar de este cuadro de perdición y desaliento, Cadalso no era totalmente pesimista, porque aún persistían mujeres de virtud:

> De esto conjeturarás ser muy grande la relaxación de costumbres; pero no por eso infieras que es total. Aún abundan matronas dignas de respeto, incapaces de admitir yugo tan duro como ignominioso; y su exemplo detiene á otras aun en la orilla misma del precipicio. Las débiles todavía conservan el conocimiento de su misma flaqueza, y profesan respeto á la fortaleza de las otras.
>
> (Carta X.)

Además, si creemos que los consejos del padre a su hijo en *Los eruditos* eran los del autor, éste recomendaba el matrimonio, con tal que los dos contrayentes fueran personas de virtud:

> ... cásate en tu provincia con alguna mujer honrada y virtuosa, y pásate una vida tanto más feliz, quanto más tranquilla en el centro de tus estudios y en el seno de tu familia, á quien dexarás suficiente caudal con el exemplo de tu virtud (69).

Su argumento que la virtud era la cosa «más amable cuando más la conocemos y cultivamos» (Carta XVII) se demuestra claramente en la descripción de la mujer del hombre que invita a Gazel a su casa cuando un eje del carruaje en que viajaba éste se rompió en carretera. Pinta el cariño sincero que tenía a su marido, su pudor natural y su humildad al apartarse con los hijos y los criados, una vez acabada la cena. Luego, un doméstico realza esta impresión favorable, expresando lo que era, a lo mejor, la opinión del carácter innato de la mujer del propio autor. Sostiene que la mujer no es dechado de flaquezas, sino un ser tierno e impresionable y el retrato vivo de las virtudes o los vicios de su marido:

> Si una mujer joven, poderosa y con mérito, halla en su marido una pasión de razón de estado, un trato desabrido, y un mal concepto de su sexo en lo restante, ¿qué mucho que proceda mal? Mi ama tiene pocos años, más que mediana hermosura, suma viveza, y lo que llaman mucho mundo. Quando se desposó con mi amo, halló en su esposo un hombre amable, juicioso, lleno de virtudes:

---

(69) *Obras*, I, p. 95. Como Nifo, consideraba que el matrimonio era el principal apoyo de los Estados, aunque eso no le impedía interpretarlo de una forma más pragmática o quizá más satírico:

La niña soltera
¿De qué ha de servir?
La vieja casada
Aún es más feliz.

(*Obras*, III, p. 69.)

halló un compañero, un amante, un maestro, todo en un solo hombre igual á ella, hasta en las accidentales circunstancias de lo que llaman nacimiento; por todo lo qual había de ser y continuar siendo buena. No es tan mala la Naturaleza, que pueda resistirse á tanto exemplo de bondad.

(Carta LXIX.)

La señora cumplía con su obligación de madre y mujer. Cadalso no exige que fuera otra cosa; por eso, no la critica como hace a su marido en la carta siguiente, por ser mal ciudadano. El filósofo ve la salvación de la nación en mujeres tales como ella, porque para él, el único pilar de la sociedad es la virtud:

La mejor fortaleza, la más segura, la única invencible es la que consiste en los corazones de los hombres, no en lo alto de los muros, ni en lo profundo de los fosos.

(Carta IV.)

NICOLE HARRISON

Queen Mary College
Universidad de Londres
Mile End Road
LONDON E1 4NS